

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro pesetas al semestre

LEYENDAS DE LA TARTARIA

Cuando aún tomábamos la denticina, caro lector, gustábamos de saborear bajo una enorme chimenea de campana, los cuentos de hadas, princesas encantadas, alquimistas de poblada barba plateada, nobles de ambarinos cabellos y plisada gorguera... relatados por una vieja vulgar con más años que Matusalén y más picardías que Mefistófeles.

Y pensando que los cuentos todos terminaban con una moraleja, y estas hacen falta en estos tiempos de corrupción para servirse de ellas como de comida espiritual, cáte que como llovida del Cielo ha caído en mi desmemoriada memoria una de aquellas historias.

«Ella refiere que en un pueblo fetichista, donde las gentes vivían añorando un pasado de grandezas, quizás porque el presente fuese poco halagüeño y menos aún el porvenir, los gobernantes caminaban con un mamotreto de renovadoras (¿) leyes que mermaban la producción nacional, invitaban a la emigración, protegían el vicio y hacían olvidar á los borreguiles ciudadanos los más rudimentarios deberes...

Fomentada la vagancia para captarse las simpatías de la nación, los ignorantes directores de la política, cobarde como todo caciquismo; falsa como confeccionada por la hipocresía, implantaron la jornada de ocho horas, cosa justísima si se trabajase durante ellas. Pero, diz, amigo Teótimo, que en aquel país trabajador por naturaleza; vago desde hacía muchos años por obra de los funestos hombres que llevaban sus riendas, avezados a no propinar fustazos al caballo nacional y a arreglar con vaselina lo que se curaba con acibar, se trabajaba la tercera parte de las horas destinadas a trabajar.

Y ahora viene la moraleja.

Cuando la bastarda política murió, dejando el solio a otra tan bastarda como ella —es el país del cuento de nunca acabar—, fraguando una tabsonomía social que dividía a los hombres en resignados, los contribuyentes; explotadores, los cabe-cillas revolucionarios, y pediguñeos, los insaciables mimados por los gobernantes, los sucesores entregaron a los fracasados el *Libro de los Muertos* para que se confesasen.

Al hojear el libro egipcio, allá en el capítulo CXXV, los cariacontecidos gobernantes, leyeron:

«No he hecho, como amo de hombres, trabajar nun-

ca más allá de la tarea... No he hecho tener hambre... No he engañado a ningún hombre... No he encarecido ni mermado los abastos... No he ejercido presión en el peso de la balanza.»

Mas como no tenían a su favor nada más que el primer precepto, la diosa Crítica, con su enorme legión de jurados, condenó a todos, como años después lanzó un escupitajo en el balance que los sucesores le presentaron, pues mientras estuvieron en la oposición censuraron acremente sin dar fórmulas, y, cuando escalaron el envidiado puesto, no hicieron otra cosa que llenar su escudilla con las migajas que sus infortunados compañeros dejaban.»

Tal vez te parezca, no lo dudo, esta historia que «como me la contaron te la cuento», una historietita original, cuyo argumento ha sido copiado hace poco de las costumbres político-inmorales de un pueblo bueno y sencillo, que vivió orgulloso durante su juventud al contemplar las conquistas realizadas por sus tercios, y que, en medio de espantosas convulsiones, ve alborear con su senectud la desgracia y la tragedia.

No te extrañe: todos los países, todas las civilizaciones, todos los pueblos que se pierden en la noche de los tiempos o nacen al calor de la vida moderna; parece que los conocíamos cuando leemos en algún infolio sus costumbres. Y así, cuando leemos terroríficas escenas de bandidaje, de reyes degenerados, de toreros que ultrajaron a Dios en la plaza y arrodillanse ante su madre en la capilla, momentos antes de la corrida, pasa por nuestra imaginación la sombra de una matrona que corona su frente con el simbólico ramo de Baco, se envuelve en una capa llena de seda y oro y es arrastrada por los leones, rugientes de desesperación, desde el despotismo a la anarquía.

Yo te prometo, lector amigo, que ningún asomo de malicia veas en el cuentecillo, y si lo vieres, carga con la culpa a mi vieja criada, a esa criada que tal vez fuese profeta, pues empecé por decirte que tenía mucha experiencia: era la edición segunda del abuelo de Noé y tenía más picardías que el propio Mefistófeles.

Y aquí acaba mi relato, este mi pobre cuento que, no obstante ser corto, por poco si me consume una jornada de ocho horas.

AGONÍA LENTA

Con qué infame placer has conseguido arrebatarme mis dulces ilusiones, que acostumbrada a herir los corazones ni temores, ni dudas has sentido.

Todo ya concluyó, ya estoy vencido, ya el corazón se agita entre prisiones ya el fuego que alentaba mis pasiones hoy se mira en cenizas convertido.

La esperanza se ve desfallecida, desfallece el valor y la fe muere, que breve como triste fué su vida.

El alma esclava al fin morir prefiere y hasta el dolor olvido de mi herida al saber que es tu mano quien me hiere.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR.

ROLANDO CIFAR.



UOCACIÓN

Una mañana, apenas levantado, Antonio Gomera, Antoñito, como le llamaban por su aniñada traza, expuso a su madre, ya en definitiva, el propósito de alistarse al ejército como voluntario. Durante la noche lo había meditado todo: su posición, sus amorfios, su empleo, ¡todo!, y no halló otra antorcha que alumbrara aquél campo de combinaciones que no fuera la encendida por sus ilusiones. ¡La milicia! Ella lo remediaría todo; sería él una figura; haría una boda brillante, y la precaria situación de su casa—una casa habitada por una mujer enferma desde la muerte de su esposo y un hijo que administraba sin tacha los escasos bienes del padre finado—habría terminado para siempre. ¿No debe aspirar el hijo honrado a proporcionarse y proporcionar a su madre el mejor bienestar posible? ¿No le quedaba a ella un pedazo de pan mientras él lograba su propósito?...

Su madre, sentada junto al pobre hogar, hizo un gesto cuya interpretación muy bien podría ser ésta: Haz lo que te parezca; ya no puedo retenerte por más tiempo; sea lo que Dios quiera... Después, dejó escapar unas lágrimas, y entre ellas, las observaciones de siempre, las reconvencciones del primer día. ¿No era una locura eso con la guerra que estaba comprometida la nación? ¿No veía que era buscar la muerte, dejar desamparada a su madre enferma, a su novia y sembrar la tortura por doquier?...

Nada logró conmover la firmeza de su plan: ni las súplicas de la madre, ni los llantos dolorosos de su novia, ni los consejos ni persuasiones de amigos y deudos. Era su vocación y no había otro remedio que acatar lo que sobreviniese. Antoñito, el hijo único, el amante sentimental, el buen amigo y mejor compañero, dió principio y concluyó presto el arreglo de la documentación reglamentaria....

Y, una mañana, muy temprano, la mañana del día de su marcha, Antoñito y su novia, juntos, como dos colegiales, igual que dos angelitos, oyeron misa, la misa de consagración de sus ideales. A pocos pasos, recogida, oculta casi con la columna de una nave, la madre de Antoñito Gomera lloraba lágrimas de sangre...

Media antes de la hora de partida, Antoñito se encontraba en la reja con su novia. ¿De qué hablaron? ¿Qué se dijeron? Lo propio de estos casos, lo de siempre: mi-

promesas, cientos de proyectos, y por fin el llanto... Algunas vecinas curiosas, vieron rodar por las mejillas de la novia la sarta de perlas, un apretón de manos larguísimo y un beso tan bendito, que recorrió uno a uno todos los ámbitos del cielo...

En su casa otro rodar de lágrimas, un abrazo de muerte y un beso eterno... ¡A la estación! Los amigos, los compañeros, los conocidos... ¡Que escribas pronto! ¡que mandes recuerdos! ¡que vengas hecho un hombre!...

El tren llega, monta en él Antoñito Gomera, se pone otra vez en marcha, huye, queda atrás su pueblo, su madre su novia, ¡su todo!.. Allá, lejos, adonde camina, una aureola de gloria se levanta majestuosa....

Pronto, muy pronto, antes de que él se lo imaginara siquiera, Antoñito Gomera fué significado en el Ejército. Una escaramuza cuyos resultados no se lamentaron gracias a su arresto, determinaron su primer galardón. Después, en un combate, el enemigo causó considerables bajas en su compañía, hasta el extremo de asaltar la posición y herir gravemente a su capitán. Antoñito se rapetó en unas piedras, hizo fuego y consiguió evadirse del crítico momento. Recogió a su jefe, tapó como pudo los orificios por donde fluía la sangre, echó a correr y logró ponerse en salvo, después de alcanzarle dos balazos. Su extraordinaria puntería le granjeó rápidamente muchos admiradores; más tarde, su cañón, su *viejo* como él le llamaba tiernamente, con sus disparos certeros, matando y destruyendo por doquier, fué respetado como algo del Non plus ultra. En fin, con su valor, su tacto, sus disposiciones, obtuvo, en tiempo relativamente corto, varios ascensos y señaladas condecoraciones.

Mientras tanto, las cartas se cruzaban: las de Antoñita, alegres, siempre con la perspectiva de un triunfo sin límites; las de la madre, preventivas; cuidado con esos arrojos, eres muy alocado; las de la novia, infinitamente amorosas; había levantado un altarcito en su cuarto, rezaba mucho por él, dormía con su retrato...

Y así pasó el tiempo de sus compromisos; entre ascensos, heridas, rezos, llantos y suspiros. Hasta que una mañana, el correo trajo la carta anunciando su venida. Y otro correo trajo después á Antoñito Gomera. Los abrazos de muerte, los besos celestiales y las lágrimas fervorosas se repitieron. Con tanta medalla, el uniforme bien ajustado y sus hazañas allá en los campos de batalla, Antoñito, en su pueblo, fué tanto como un Dios, pues ya no era su novia solamente la enamorada, si no las señoritas ricas que antes abofeteábanle con sus ridículas presunciones...

Pero, Antoñito despreció todo y contrajo matrimonio con aquella nenilla que le amó desde pequeño... Su madre, él y su mujercita, se marcharon después á vivir junto al campo de operaciones, pues á ello le obligó otro nuevo compromiso.

Su madre, murió feliz, rodeada de atenciones y besos frenéticos de respetuosa pasión...

Antoñito, el voluntario, el joven que abandonó su hogar dejando á su madre con el más acerbo de los dolores, fué allá en sus últimos años uno de los generales que rigieron los destinos de su nación...

RAMÓN CAMPOS FERREYOL.

Valdepeñas-10-919.

Lea usted todos los números

VIDA MANCHEGA

NUESTROS POETAS



DE LA ESPAÑA MAJA

¡Mujer desconocida de la negra mantilla!
¡Mujer de la mirada perversa y lujuriosa!
debes llamarte Carmen, ser hija de Sevilla,
sentir hondas pasiones y ser supersticiosa.

Encierras en tu cuerpo serrano y pinturero
la sin igual majeza del barrio de Triana.
Debes ser la querida de un trágico torero,
debes decir tus penas en la copla gitana

y en las coplas gitanas decir tus alegrías.
Debes cantar tarantas y bailar bulerías,
beber vino montilla y asesinar por celos...

¡Quién sabe si una noche, en una enrucijada,
esa mano tan linda, pulida y alargada
despenó a algún mocito que burló tus anhelos!

FRANCISCO ADÁN CAÑADAS.

Cuadro de Carlos Vázquez.



DOS
SONE-
TOS

I

Una mortal tristeza me acongoja.
Ni amigos, ni placeres, ni fortuna.
¡Mi última ilusión fué como una
herida hirviente, en el costado, roja!

No amé nunca. No supe del secreto
del amor. Solo un bello madrigal
me entenece. No tengo otro caudal
que las catorce perlas del soneto.

V sólo y triste, avanzo en el camino,
del humano dolor bien castigado;
sin amar..., sin querer... con la fe rota.

Como un histrión... Yo que amo lo divino
porque amo a Dios, estoy triste y cansado...
En torno mío, ya, la muerte flota.

II

Un minué de Mozart. Una Pavana.
Dos jarrones de bronce; una vihuela;
un retrato de Doña Berenguela
y un Bhuda, de basalto, en la ventana;
un hermoso lebre!; un pergamino;
dos lienzos de Rembrandt; una flor de oro;
un viejo facistol de sicomoro...
y un libro de Don Pedro el Aretino.

¡Hermosa habitación! Sobre la mesa
el retrato de un noble caballero
de alto chambergo, espada milanesa...
rosas marchitas de belleza augusta;
odas de Horacio; poesías de Homero...
¡Este es el camarín que a mí me gusta...

MIGUEL S. MIGALLÓN

UN HÉROE



Don Pedro Ocaña, a quien sus paisanos han homenajeado.



Don Victor Pérez, que ofreció el homenaje al capitán Ocaña.

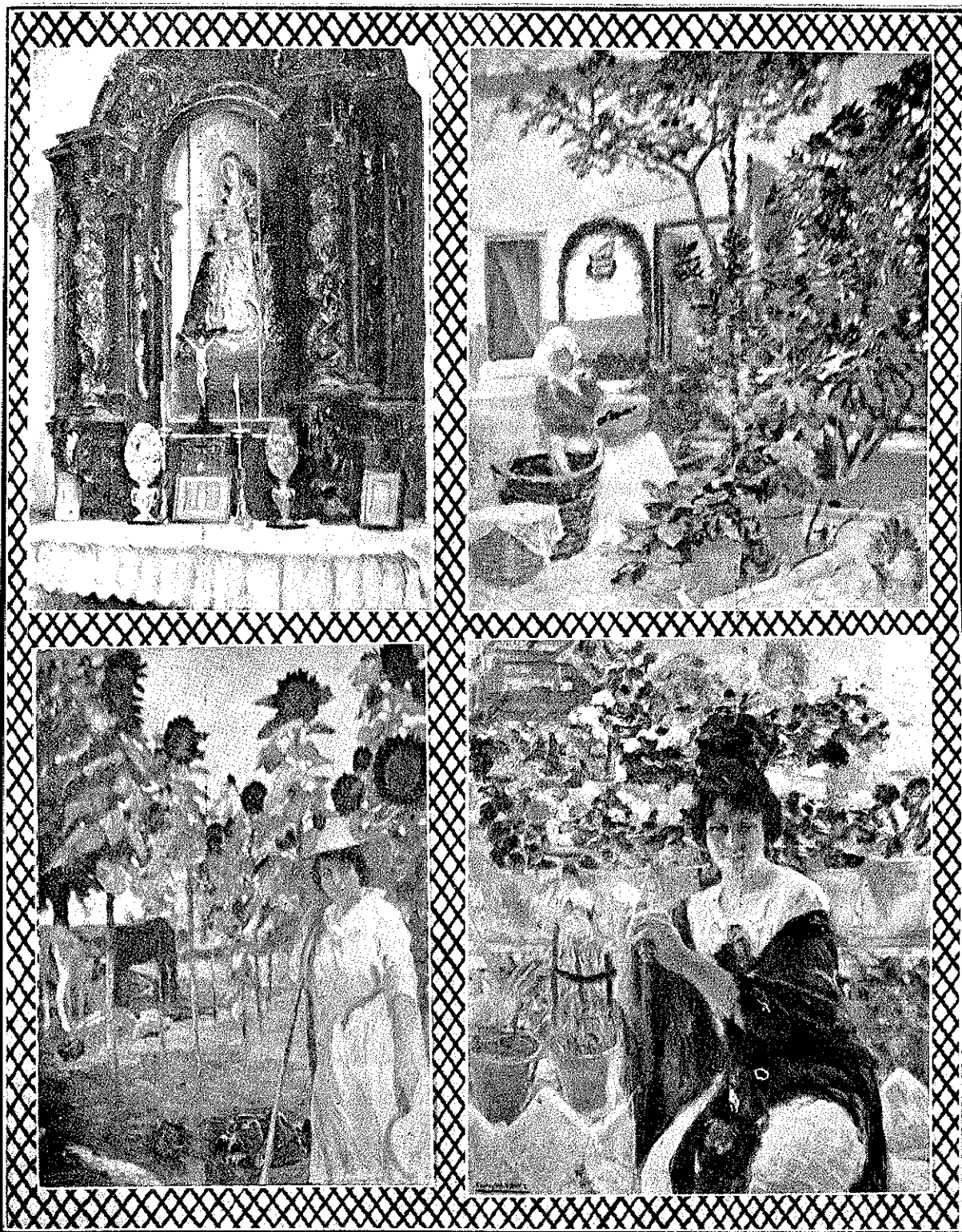
El prestigioso capitán de la Guardia Civil D. Pedro Ocaña López, ha sido hace poco tiempo objeto de un merecidísimo homenaje. Sus amigos de Navas de Estena, donde se ha retirado a descansar después de su jubilación, le han agasajado con un banquete y el Ayuntamiento del mencionado pueblo ha impuesto a una de sus calles el nombre del célebre «Cabo Ocaña».

Hijo de pobres labradores, a los diez y ocho meses

de edad quedó huérfano, sin más amparo que el de algunas caritativas personas familiares que le criaron y educaron.

Quando llegó a los veinte años cubrió cupo como soldado, y marchó a Cuba, donde se distinguió por su arrojo y valentía y donde casi sin interrupción continuó su vida militar, hasta que la insurrección cubana proclamó la independencia de las islas.

NUESTROS ARTISTAS



La Dolorosa, Patio azul, Girasoles y Penitas, lienzos pintados en esta capital por el esclarecido artista manchego Carlos Vázquez, y que presentará en la exposición que celebrará en breve en el Salón París, de la ciudad condal.

Fots. G. Plaza.



LOS FANTASMAS

I

Apenas el bueno y gran bobalicón de D. Juan de Tres Lanás, hubo acabado el bien sazonado yantar que su ama de llaves Antolina, le preparara, requirió el chapeo, ciñose la pañosa y enhebrose en el cinto aquella tizona, orgullo y prez de tan esclarecido señor; abrió el ferrado portón, claveteado, de su solariega casa, y dando un fuerte golpe que hizo estremecer hasta los cimientos, lanzóse por el intrincado laberinto de callejas oscuras, que componían la muy ilustre y leal ciudad de «Llámesese como se quiera».

La obscuridad era tan opaca que, malamente podía-se aventurar cualquier desconocedor del terreno, sin que a poco topárase con tal paredón, ó cayese pesadamente al suelo, por mor de cualquier bache que en él se ofrecía.

En su éxodo por las calles, no topose con ninguna persona, que tan a mal estuviere con su pelleja; pues, sabido es de todos, que, en aquel entonces, cuando el Rey, nuestro señor D. Felipe IV regía los destinos hispanos, mortal que se aviniese a pasear por parte de noche, mortal, a quien los muchos facinerosos, dejábanle exhausta la bolsa, y el cuerpo baqueteado a cintarazos.

Así es que nuestro buen D. Juan, era lo que se dice, «un héroe».

—Llevando—como él decía a sus camaradas—esta hoja toledana pendiente al costado, arriesgariame a empresas mayores, sin gran temor a follones y truhanes.

Asaz, animado, encontrabase la noche aquella el tal garito, que, el diablo personificado en el gran bribón

del mesonero, tuvo a bien de poner en una de las más apartadas rías de la ciudad.

Era el tal maese Pedro—o Pedrucho, como llamábasele en ratos de buen humor—un hombre, bajo, rechoncho y más colorado que un pimientó morrón.

Contaría a la sazón con cincuenta años a las espaldas y durante ellos—pues desde que nació no dedicose a otros menesteres—no hizo otra cosa, que teger y divulgar chismes, a más de perfeccionarse en las tan positivas artes de Caco, pues aunque él dominábalas muy en demasía, diz la gente que nunca en la vida acabase de aprender.

Y cuando hubo reunido un respetable número de doradas monedas, vino a sus mientes la idea de poner a la entrada de la ciudad un mesón, en donde hicieran noche los muchos traginantes que tan a deshora cruzaban por ella. Tal como lo hubo pensado lo hizo, y de allí a poco, el tabuco era punto de reunión de la gente nocharniaga y alegre, que en él celebraba sus frecuentes libaciones, y de él hacía centro de holgorios y punto de partida de aventuras galantes.

II

Apenas hubo entrado D. Juan en el mesón, alzáronse de entre toda la animada concurrencia, voces de bienvenida y camaraderiles saludos.

—¡Ombligo de Bacol! mucho atrasose aquesta noche vuesa merced—dijo uno de los allí reunidos, que entreteniase con otros en jugar una partida de dados.

—¡Por Belcebú; que ya no llegara, pensábamos—arguyó otro de los jugadores, cuya testa era coronada

VIDA MANCHEGA

pomposamente con gran chambergo de febles alas.
—Bienvenido sea, mi señor D. Juan, a esta casa suya,
—objetó Pedrucho, mientras escanciaba en vasos de metal una buena jarra de lo tinto. Continuó.—En ella encontrará, como siempre el mejor puesto, sin desdoro para nadie.

—A todos guardaos el Señor o el diablo, como más os agrade—respondió nuestro héroe. Y agregó, dirigiéndose al mesonero, con aire de fanfarrón mosquetero mientras atusaba hacia arriba, el largo y emperregado mostacho.

—Echa, bribón uno de esos vasos que tienes en las pecadoras manos, que con el caminar acelerado, resecoeme el gañote.

—¿Hay aquesta noche pecunia fresca?—preguntó maese Pedro, guiñando un ojo y haciendo una leve fricción con el pulgar y el índice.

—Hayla—contestó el caballero—y de no haberla, arrancariate la pelleja y venderiala a buen precio, por más que, agora que caigo, es propiedad ya del mismísimo Lucifer.

Rieron todos los allí presentes la broma del recién llegado y de aquí en adelante todo fueron picotazos que iban en derechura de la cresta de Pedrucho.

No por ello amostazose éste que era más socarrón que un fraile de la Merced y dijo con aire de misterio para más intrigar a la concurrencia.

—¿No saben vuestas mercedes la nueva que corre por la ciudad?

Todos contestaron que no.

El mesonero continuó.

—Pues es cosa sabida y no se habla mas que de ello.

—Explicate mala pieza—dijo el del chambergo, tan intrigado como los otros.

—Aquesta mañana a primera hora díjomelo Daniel el sangrador.

—¿Queréis terminar?—amenazó uno.

—Que la noche pasada, y por lo que se piensa, algunas noches antes, han sido vistos algunos fantasmas recorrer de punta a punta la ciudad, haciendo de las suyas, con desmanes y desafueros. Daniel dice que vio los, cuando salía de sacar dos libras de sangre del cuerpo de D. Sebastián. Algunas damas por lo que se dice, han sido atacadas de un mal, al saber la noticia.

—Por cien mil rayos y centellas—replicó D. Juan de Tres Lanás,—cuando hubo acabado el mesonero.—Ocurríseme una idea.

—¿Y es?

—Jugar una mala pasada a esos malandrines que disfrázanse como en Carnestolendas, para asaltar a la ciudad.

Un murmullo de aprobación salió de la camaradería.

—Esta noche esperaremos aquí a que pasen las primeras horas, y cuando háyase entrado la madrugada saldremos en su busca.

—Hecho; soy de la partida.

—Y yo.

—Y yo.

Hasta cuatro quedaron comprometidos en librar a las gentes de aquellos malhechores. Y mientras pasaban lentas las horas, libaron hasta ponerse como toneles.

III

Las cuatro eran dadas cuando nuestros personajes, ahitos del rico mosto de maese Pedro, salieron del mesón y entre trompicones y batacazos encamináronse en

busca de los malditos fantasmas. La noche era asaz, obscura y nebulosa, siendo por lo tanto no muy fácil distinguir a cuatro pasos a quien quiera que acercárase.

Los cuatro desfacedores de entuertos acariciaban instintivamente la tizona, mientras embozábanse para no respirar el aire gélido de la noche.

—¡Cuerpo de Satanás!—dijo uno de ellos que diera con su cuerpo una buena costalada, a no ser por agarrarse a un compañero.

Anduvieron algún trecho y paráronse de pronto ante un edificio que a lo que parecía era una iglesia.

Aquí esperaremos—dijo D. Juan de Tres Lanás a sus acompañantes.

Y otro replicó—Aquí, la escalinata de aqueste hospitalario templo, bríndanos cobijo.—Los cuatro caballeros fachendosos, a cuyo frente púsose D. Juan, ocultáronse tras las cuatro grandes pilastras que componían el pórtico de la ruinosa iglesia.

Pasó una hora tras otra y vino el alba sin que los endemoniados fantasmas dieran cuenta de su vida. Y no fuera malo que, solo aquella noche, tuvieran nuestros caballeros que pasarla en vela, pues cosa sabida y que quedó en la memoria de todos, que cinco dellas permanecieron ocultos tras las columnas, sin lograr ver nada.

Llegóse la noche de difuntos, que hacía la sexta y ocultáronse de nuevo nuestros héroes, decididos a dar por terminado aquel continuo trasnochar a la intemperie.

El horologio fué pasando lentashoras, hasta que las dieron las cuatro.

Se oyeron en la destartalada torre unos extraños ruidos. Los pechos latieron con fuerza; las aceradas hojas empuñáronse en la diestra.

Y una pequeña campana comenzó a repiquetear sonoramente, extendiendo sus voces por toda la ciudad. La obscuridad de la noche fuese adensando poco a poco.

Pasaron unos minutos, impacientes. Los ojos avizores, gatunos, taladraban la negrura. De pronto allá al final de la calleja destacáronse hasta cuatro bultos; las puerias de la iglesia abriéronse rechinando sus goznes.

—¡Sus y a ellos—gritó D. Juan; y los caballeros lanzáronse a la lucha y.....

Aquello más que batalla, fué granizada de estocadas, cintarazos, mordiscos...

Las ventanas abriáanse, apareciendo en ellas caras adormiscadas, brazos portando candiles.

Un sin fin de voces y ayes poblaron el silencio de la noche, mientras las manos no dábanse punto de reposo.

La fatiga comenzó a irse adentrando en los cuerpos. Vino la ronda, con sus ruidos y sus luces, y ¡oh, decepción!

Hasta cuatro viejas y un clérigo orondo y colorado yacían en el suelo, lanzando lastimeros quejidos.

El jefe de la fuerza preguntó y fué respondido a media voz por una vieja.

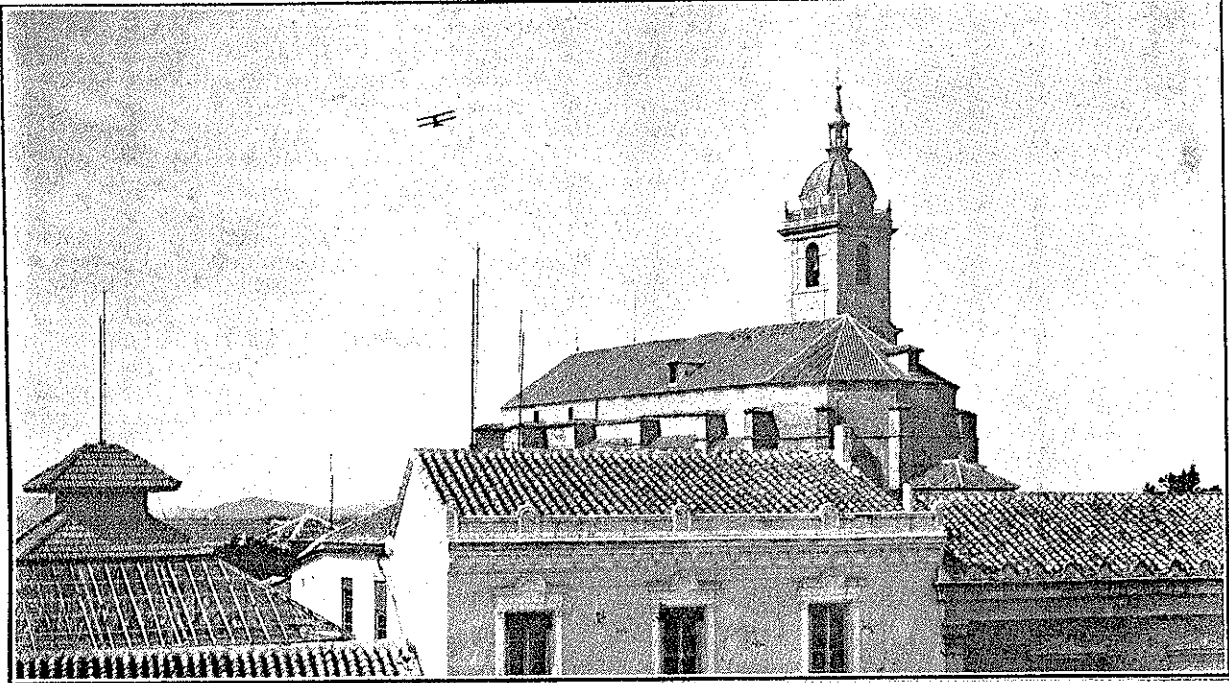
—¡Ay señor! que veníamos a misa de prima hora y fuímos acometidos por unos desalmados, que ardan por siempre en los infiernos. Amén.

IV

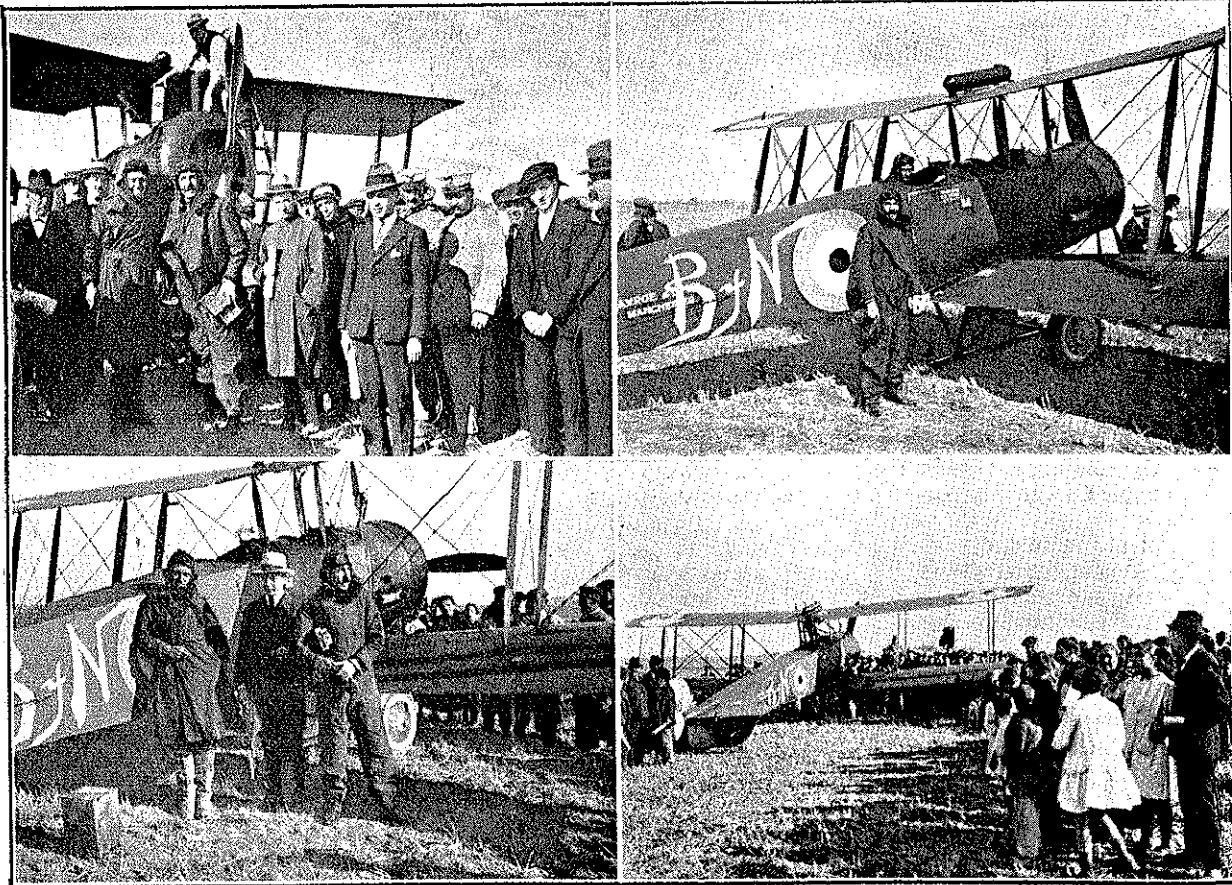
Y cuentan los allí presentes (!) que D. Juan y sus héroes, después de varias semanas de calabozo, juraron no meterse otra vez a desfacer entuertos, ni en otros menesteres que no llegáranles de cerca.

FRANCISCO TOLSADA.

EL AEROPLANO DE "A B C",



El aeroplano de «A B C» y «Blanco y Negro», pasando por la Catedral, el día de su «raid» Madrid-Ciudad Real-Sevilla.



El capitán Collier y el Sr. Zegri, redactor gráfico de «A B C», a la llegada al aerodromo, saludando a las autoridades y momentos antes de su partida.

Fots. E. Lérica y R. Pérez.

HERALDO DE MADRID

AÑO XXIX. — NUM. 10.440

Prensa y Administración, Callejuela, 7.

Sábado 12 de julio de 1919

No se devuelven los originales.

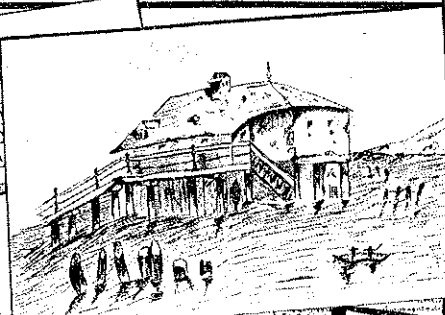
CUATRO EDICIONES

La reforma constitucional

MADRID, DIA DE
INICIO DE 1919
NUMERO SUELTO
5 CENTS. 47 MS 12

ABC

FUNDADO EN EL AÑO 1844 POR D. TORCUATO LUGA



TEATRO AYALA

En vista de la favor
pensado a la notable

La Novela Cómica



LA ROMANTICA

Las cu

AGOSTO

5

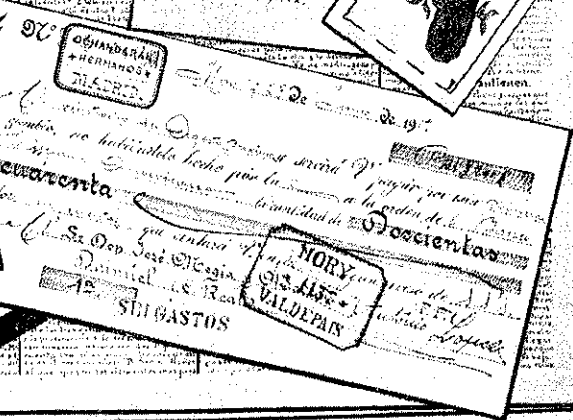
MARTES



1919



Sin la gasta Va
pe ehorra.



Reproducción del curioso trabajo caligráfico ejecutado por el notable dibujante daimieleño Don Leonardo García Gallego

Reprod. G. Plaza.



CIUDAD REAL
DE LOS
JUEGOS FLORALES

LEMA:

In tenue labor

Francisco Naranjo Sobrino

No, de roncás trompetas, los bélicos clamores,
hacen vibrar las ondas, invitando a la lid;
ni cruzan los caminos heraldos voceadores,
lanzando reto, en nombre de un audaz adalid.
No, un cartel arrogante, al viento se ha tendido,
jurando que la dama de guerrero doncel
es más bella que todas, y si algún atrevido
lo niega, tendrá en pago la muerte de un infiel.
No, la honra de una hermosa, que sus lágrimas vierte,
va a lavarse con sangre, en un juicio de Dios,
e ignotos luchadores, despreciando la muerte,
acuden presurosos de su defensa en pos.
No, de pétreo castillo, en la torre almenada,
cautiva una belleza, hace un lienzo ondear,
impetrando el auxilio para ser libertada,
de campeón valiente, a quien promete amar.
No; nada de esto existe. Aquel tiempo es pasado.
Mas, herencia gloriosa de aquel tiempo cruel,
a luchar paladines aquí se ha convocado
y como entonces, ahora, acuden en tropel.
La lanza no es su arma, ni la tajante espada,
ni la pesada maza, ni el aleve puñal,
que es una débil pluma, en la finta empapada,
que fija el pensamiento y a nadie causa mal.
Y aquel que en esta lucha de estrofas cadenciosas,
esgrimiendo su pluma resulte vencedor,
en premio a su victoria, de unas manos hermosas,
dignas de ser cantadas, recibirá una flor.

A ella aspira mi acero: a la Flor natural...
Y a la lucha me lanzo, osado campeonador...!
Por tí, mi patria chica!! Por tí, mi Ciudad Real!!
Por tí entono este canto, que anhelo triunfador!!!

II

Región de mis amores! La inspiración quisiera
de Homero, de Zorrilla, de Gabriel y Galán!
Que, sobre mi, una pira de fuego descendiera
que, en ideas sublimes mi pobre estro encendiera,
para poder cantarte, como ansía mi afán.
Mas... si a mi pobre canto le falta galanura,
lo inspira, en cambio, el fuego del verdadero amor...
De verdad irá henchido, si nó de denosura...
Es muy grande el motivo, si es muy feble el cantor!!!

III

Cuanta es tu grandeza, preterida Mancha,
simboliza, muda, con su majestad,
la extensa llanura, que nuestra alma ensancha,
solo al contemplarla en su inmensidad.
De Dios se confiesa el poder, que aterra,
se adivina oculto tras el alto tul,
en medio del llano, por trono la tierra,
por dosel la bóveda teñida de azul.
El cielo es más grande, nada lo limita...

abisma al humano su contemplación...
pregona la gloria, la Esencia infinita
que hizo de la nada a la Creación...!
Hasta las corrientes de agua cristalina
de tu suelo, incitan al hombre a pensar;
y su gran secreto nadie lo adivina,
y el enigma sigue aún sin descifrar.
Nacen de tu seno, pero misteriosas,
se van al abismo, luego de nacer;
mas... tristes, sin verte, vuelven presurosas,
por entre tus campos, de nuevo a correr:
La mano del hombre, con rústico arado,
abrió tus entrañas, el grano al sembrar;
y en premio, tu llano, de verde esmaltado,
simula ondulante, de mieses un mar.
Pomposas olivas de troncos añosos,
de verde ramaje, símbolo de paz,
se yerguen profusas, semejan colosos,
y de oleosos frutos dan compacio haz.
Innúmeras viñas, en lecho mullido,
que, en invierno, gnomos quieren imitar
de enormes cabezas y tronco torcido,
invaden tu suelo, doquier al mirar.
Y cuando los pámpanos sus sienes coronan,
tiñendo los campos de verde arrebol,
penden de las ramas y entre ellas asoman,
doradas esferas, que encierran el sol.
Allá en las regiones junto donde habita,
perenne ignescente, el fuego central,
encierras riqueza inmensa, infinita,
del vasto, inorgánico, reino mineral.
Ya es la negra hulla, germen de energías,
que el hombre te arranca, con tenacidad,
y luego trasforma en luz, calorías,
movimiento, fuerza, electricidad...
Ya la blanca plata que labra el artista,
elevando a joya su valor natal;
ya el pesado plomo que, en lucha egoísta,
al hombre produzca herida mortal;
o inquieto mercurio, falto de reposo,
de valor inmenso, líquido metal;
que encierre en su seno algún rostro hermoso,
al ser aplicado en claro cristal...

IV

Y este pueblo que atesora
las riquezas de tu suelo,
la alegría de tu cielo,
da tu sol el resplandor,
es modesto y es humilde,
es sencillo y es valiente,
de sus deberes consciente,
y rinde culto al honor.
Es hidalgo, sin jactancia;
noble, exento de falsía,
de innagotable alegría
y rudo trabajador.
A la Patria rinde culto
y, donde exista un manchego,
proclamará su amor ciego
a España, con gran fervor.

V

De esos hijos tan nobles, salieron
los soldados que, en rudas batallas,
derramaron contentos su sangre,
como rojo holocausto a la Patria,
y su nombre a la Historia dejaron,
para orgullo y blasón de la Mancha.
De esos hijos salieron los santos
que hasta el culto la Iglesia eleva;
de esos hijos nacieron los sabios
que las ciencias y artes cultivaran,

aportando su grano de gloria
a la gloria y la honra de España.
Y es el bravo Pérez del Pulgar,
de arrogantes y nobles hazañas;
y es Almagro, que un reino conquista
con su fiero valor y su espada;
y Espartero, que humilde en su origen,
los más altos destinos escala.
Y es el santo Tomás, que los siglos
como padre del pobre proclaman;
Juan Bautista de la Concepción,
san Fernando de Ayala, Juan de Avila,
o es Bernardo Balbuena, el insigne,
o Antolín Monescillo, o Quesada,
García Vao y otros mil que a la pluma
y a la debil memoria se escapan.
Hijos todos del suelo manchego,
que honra y prez han donado a su Patria...
No os olvida este pueblo, que es vuestro,
y un altar en su pecho os levanta!!

VI

Hechos grandiosos de la Historia,
han acaecido en tu recinto;
por conquistar en ellos gloria,
tu suelo, en roja sangre, has tinto.
Un rey te dió su protección,
sufriste ultrajes del infiel
y viste la hórrida traición
hecha en los campos de Montiel.
Los castellanos que en las lides,
en dar su vida no son parcos,
siembran de cuerpos de adalides
los campos lúgubres de Alarcos.
Y del Guadiana en el linderro,
con un montón de gente brava,
traza Raimundo de Fitero
la ínclita cruz de Calatrava,
cuyo color ensangrentado
afirma en voz que nadie niega,
que el rojo suyo está tomado
de sangre pródiga manchega!!!

VII

La religión que al mundo dió el Crucificado,
fue siempre patrimonio de aqueste pueblo honrado,
que erigió monumentos, para culto rendir
a Quien su vida dió, para nos redimir.
Y a su divina Madre, a la Virgen María,
de hermosura compendio, de pureza la esencia,
que es en el cielo Empíreo trasunto de poesía,
siempre exaltó la Mancha, con gran magnificencia.
Virgen del Prado, llámala, con amor Ciudad Real;
de Gracia, Puertollano; de la Paz, el Corral;
la Estrella, Miguelturra; y el pueblo de Carrión,
adora, fervoroso, la de la Encarnación.
La Azuqueca, Granátula; a la Antigua, el de Infantes;
en Almagro, a las Niever, aclaman delirantes;
Virgen del Rosario, Alcázar de San Juan;
Sierra, Villarrubia; de las Crucés, Daimiel;
toda la llanura proclama con afán,
que la Mancha, a la Virgen, estará siempre fiel.

VIII

Tu carácter alegre
tu alma sencilla,
inspiraron, valientes,
las seguidillas.
Canto bravío,
que suena á himno amoroso
y a desafío:
«Aunque soy de la Mancha

no mancho a nadie;
más de cuatro quisieran
ser de mi sangre.»
Tan noble orgullo,
tiene, solo, el manchego...
es solo suyo,
Cuando bailan las mozas
tus vivos aires,
con sus piés breves, tejen
finos encajes.
Y son sus brazos
cual molinos de viento
que giran raudos.
Pueblo, noble, manchego,
alegre y sano;
tus briosas seguidillas
sigue cantando,
que, por ser grande,
«más de cuatro quisieran
ser de tu sangre.»

IX

No es bastante ancha
la tierra, al renombre
que tiene la Mancha.
Nadie de este aserto, se asuste ni asombre:
Un *manco* ha esculpido con trazos pujantes
tu nombre querido, junto a un ser quimérico
y tu gloria, unida va a la de Cervantes.
Tu nombre resuena desde uno a otro polo,
porque en tí, tan solo,
cabe la figura de aquel caballero,
del que «de la Mancha» llevaba por mote
del enamorado, sabio, pendenciero,
del fiel don Quijote.
Solo el que en tu tierra ve la luz primera
y ve lo infinito de tu inmensidad,
lleva en su cerebro constante quimera;
asesta su lanza a molinos de viento,
con guerrero aliento;
transforma en preciado yelmo de Mambrino,
rústica bacía, abollada y fea;
libra galeotes, que halla en su camino,
y a su Dulcinea
fiel, hasta la muerte, ama con constancia,
sin que a ello se opongan tiempo ni distancia.
Inmortal Cervantes! Con nimbos de gloria
fijaste el carácter del pueblo manchego,
en tu héroe sublime, de eterna memoria,
y por eso, luego,
no es bastante ancha
la tierra al renombre
que tiene la Mancha.

X

Tierra, en que viviera los días felices
de la tierna infancia y la adolescencia;
tierra en que se encierran mis propias raíces,
en los que me dieron la propia existencia;
tierra en que se abriera mi alma al amor
y donde á otra vida dió vida la mía;
tierra en que sufriera más atroz dolor;
tierra en que gozara mayor alegría...
Tierra que á mi cuerpo prestas alimento,
cuya luz inunda de luz á mi frente,
cuyo ambiente puro respira mi aliento
y cuyo cariño no olvida mi mente!
Sustenta mi cuerpo, alienta mi alma,
en tanto que el tiempo, perenne, desliza...!
Y, cuando la muerte me vuelva la calma
oh, tierra bendita! guarda mis cenizas!!!

FRANCISCO NARANJO,



HIMENEO DISTINGUIDO

El otoño hizo su entrada triunfal haciendo descender al termómetro unos cuantos grados; pero váyase lo uno por lo otro—el fuego de amor que está haciendo tostones los corazones de la juventud, háse acrecentado de tal modo que no lo apaga sino el agua bendita de un hisopo, llovida sobre la feliz pareja mientras le leen la epístola de San Pablo.

El día 12 le tocó la china al joven abogado D. Eduardo Martínez Messía de la Cerda y a la bellísima señorita Amparo Sánchez Herrera, que, apadrinados por la madre del novio, la distinguida señora D.^a Isabel Messía de la Cerda, de Martínez, y el padre de la novia, don Miguel Sánchez Nieto, concejal de éste Ayuntamiento, escucharon de labios del canónigo D. José María Muñoz, en la capilla de Jesús Nazareno, de San Pedro, los preceptos que debe observar un matrimonio para ser feliz.

La novia, a la que llevaba la cola la preciosa niña Carmencita Messía de la Cerda, lucía un valioso traje blanco de seda y un magnífico aderezo de brillantes montados en platino. Vestía el novio de etiqueta.

Firmaron Jacta como testigos, por parte de la contrayente D. José Cruz, D. Bernardo Peñuela y D. Daniel Pintor y por la del novio, D. Francisco Recio, don Manuel Messía de la Cerda, D. José Roderó y D. Filiberto Laguna.

Asistieron las señoras de Sauco, Sánchez Nieto, Messía, Recio, Cámara, Daimiel, Pérez de Acevedo, Usero, Peñuela, Arcos, Quintana, Hernández, Solana, Cepeda y Franco.

De las señoritas, un manojo como para que se cumpla el refrán «de cada boda salen siete»: Cecilia, Remedios, Rafaela y Faustina Sánchez, Angelita e Isabel Recio, Dolores Sauco, Amparo Sánchez, Carolina Sauco, Inés Solana, Elvira y Carmen Messía, Asunción Borja, Adelina Cámara, Amparo Herrero, Angela y Emilia Daimiel, Faustina Usero y Sacramento Muñoz.

El sexo feo tuvo también una escogida representación con los señores Martínez (F. y D.), Sauco, Sánchez (M. F. y O.), Recio (F. y J.), Solana (A. y E.) Cámara (F. y O.), Pérez de Acevedo (E. y H.), Bermejo, Adán (I. y F.), Hernández (R. y S), Usero (D. y C.), Quintana, Naranjo, Arcos, G. Muñoz, Muñoz (D. Raimundo), Pascual y Morales.

El joven matrimonio ha marchado a Madrid y Zaragoza a pasar la almiarada luna, deseándoles que permanezca llena y no tenga ningún eclipse.

Ha sido pedida la mano de la bella señorita María Teresa Sanjurjo, para el distinguido doctor de Toribio Carmona.

EL BARÓN DE ROSILLO.

Obito de El Ciudadano.

El simpático colega de Tomelloso, ha fallecido estos días. No sabemos qué enfermedad periódística habrá causado su muerte; pero estamos seguros de que no ha sido la «anemia pecuniaria», pues la empresa era lo más florido de la juventud del pueblo.

Al trazar el epitafio *crucifero*, con fina ironía crítica Luis Quirós algunos desaciertos del colega, tan pequeños, en verdad, que no pasan de meros pecados veniales.

Mucho sentimos lo ocurrido al compañero, cuando empezaba a hacer pinitos y pasaba de la lactancia a la pubertad.

VIDA MANCHEGA, que sabe apreciar los esfuerzos titánicos desarrollados por la redacción del semanario para llegar a publicarlo y hacerse leer en Tomelloso, disemina unos crisantemos en el cenotafio de *El Ciudadano*.

D. Pablo Plaza.

El popular político manchego D. Pablo Plaza, ha muerto en su pueblo natal. La noticia, comunicada por teléfono en las primeras horas de la mañana del 14, pronto extendióse por toda la capital produciendo honda sensación, tanto por lo inesperado como por las muchas simpatías que el finado contaba.

Hombre de corazón generoso, espíritu altruista, siempre dispuesto a socorrer al desvalido, a prodigar toda clase de socorros a los necesitados en días de luto para su pueblo; como lo fueron los de la próxima pasada epidemia gripal y variolosa, deja D. Pablo en Alcolea un lugar irremplazable, que obligará a sus paisanos a apreciar su mucha valía.

Acérrimo defensor de la política de su íntimo amigo D. José Canalejas, alistose a la muerte de éste entre los conspicuos de D. Rafael Gasset, siendo premiadas sus campañas nobles y desinteresadas, su amor al distrito Ciudad Real-Piedrabuena, desempeñando varios Gobiernos civiles, en donde demostró su amor a la cultura y progresos patrios, fomentando ambos en Albacete, Almería, Badajoz y demás provincias por él regidas.

«Llena de canas la cabeza y el corazón de juventud», como no ha mucho tiempo decía en uno de sus discursos, el Sr. Plaza ha dejado de existir sembrando una pena general en esta región, donde hasta sus contrarios en ideales lo apreciaban fraternalmente, convencidos de que D. Pablo, ducho en lides políticas, sabía sobreponer a amistad al chismorreó caciquil, considerando a sus enemigos políticos amigos personales.

Al comunicar a nuestros lectores la triste noticia del fallecimiento del buen amigo; del hombre que podía estar equivocado en su programa político, pero que obra, ba según los dictados de su conciencia, sin hipocresías, nos asociamos al dolor de su distinguida familia, a la cual y particularmente a su hijo el culto letrado Pablito Plaza, le enviamos nuestro pésame más sentido.

Cuenca

Ha sido presentada a la Junta Provincial de Subsistencias, una instancia firmada por los panaderos cuenquenses, quejándose de la enorme subida del precio de las leñas (un 100 por 100 sobre el precio de hace cinco años); el actual precio de la reventa, por la cual gana tres céntimos en kilo el revendedor, y las tres subidas de harina que les perjudican en 7 pesetas los 100 kilos.

CIUDAD-REAL: IMP. DE ENRIQUE PÉREZ